

JOSE MAZZANTI



ALEGRIA

BUENOS AIRES

LECTURAS PARA SEGUNDO GRADO

LL
1930
MAZA

PRECIO DE VENTA: \$ 1.10

l A 9
48



00056471

ALEGRIA

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

JOSÉ MAZZANTI

INSPECTOR TÉCNICO DE ESCUELAS
PRIMARIAS DE LA CAPITAL

O. R.
C. N. de E.

30.587

ALEGRIA

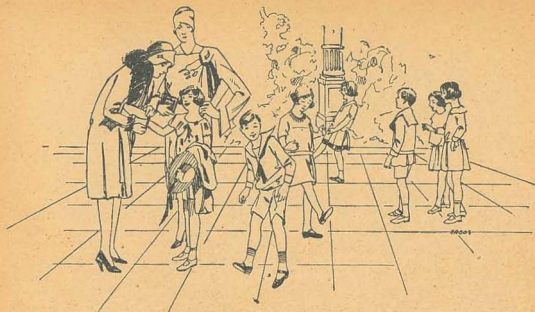
TEXTO DE LECTURA APROBADO
POR EL C. N. DE EDUCACIÓN
PARA EL SEGUNDO GRADO DE
LAS ESCUELAS DE NUEVO TIPO

ISELY & Cia.
RÍO BAMBA 761
BUENOS AIRES

1 9 3 0

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

342 X 396
Biblioteca Nacional de Maestros



1 - ALEGRÍA

¡Qué animación había hoy en la escuela!

Niños y maestras hablábamos y reíamos, cambiando saludos. Cada uno de nosotros tenía algo que contar, y todos nos sentíamos dichosos de volver a la escuela después de los tres meses de vacaciones.

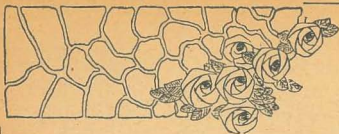
De pronto, un gran silencio. Había sonado la campana.

Al segundo toque, cada maestra hizo formar a sus niños.

La directora se puso al frente de nuestro grado. Junto a ella estaba una señorita. Nadie la conocía.

—¿Será la nueva maestra? — pensábamos nosotros con curiosidad.

Es muy simpática.



- 2 -

PROMESA

Hemos tenido suerte. El salón de clase que nos ha tocado este año, es el mejor de la escuela. Tiene tres ventanas que dan al este, sobre el jardín, por las que penetra mucha luz. Es grande y alegre.

Apenas entramos, la directora nos hizo sentar, y luego de hablar algunas palabras en voz baja con la señorita, se retiró.

Cuando quedamos solos, la señorita nos miró un instante, sonriente. Luego nos dijo:

—Estoy muy contenta. Me parecen todos buenos y espero que serán estudiosos. ¿Quieren ser amigos míos?

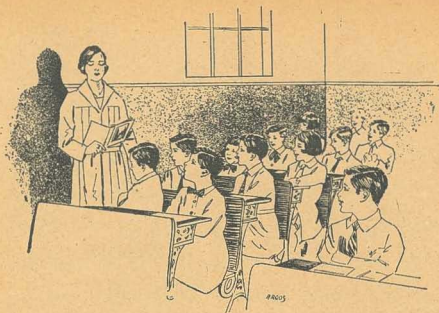
—¡Sí, señorita! — contestamos todos en coro.

—Bien, — dijo ella; — yo creo que nos va a resultar muy fácil llegar a serlo. No hace falta sino un poco de buena conducta y de voluntad para el trabajo. ¿Me lo prometen?

—¡Sí, señorita! — volvimos a contestar.

Yo miré a mis compañeros. En todos los rostros había una gran alegría.





- 3 -

LA PRIMERA LECCIÓN

La señorita tomó luego el registro y pasó lista, llamándonos uno por uno. Cada vez que alguien, al oírse nombrar, se ponía de pie para contestar “presente”, la señorita lo miraba un momento, como para conocerlo bien.

Cuando terminó, tomó un libro y se puso de pie.

—Voy a darles mi primera lección, — nos dijo. — Quiero que pongan todos atención, para que nunca la olviden.

Abrió el libro y, con una voz clara y grave, en medio de un gran silencio, leyó lentamente, como marcando claramente cada palabra.

SE NECESITA UN MUCHACHO

He aquí lo que leyó la señorita:

“Se necesita un muchacho valiente y bondadoso, que no tenga miedo de decir la verdad, que no mienta por nada ni por nadie; que quiera y respete a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos; que esté resuelto a no fumar jamás y a no tener vicio alguno; que prefiera estar en su casa, ocupado en tareas útiles, a andar vagando por las calles; que pueda llevar la frente alta, por ser incapaz de cometer actos indignos; que concurra asiduamente a la escuela; que sepa respetar las leyes, que sea justo, y que se sienta orgulloso de ser argentino.



La patria necesita siempre a ese muchacho, lo necesita con urgencia.”

(Abreviado)

* *

¡SÍ, SEÑORITA!



Cuando terminó de leer, la señorita, cerrando el libro, repitió de memoria la última frase, muy lentamente:

“La patria necesita siempre a ese muchacho, y lo necesita con urgencia.”

Luego, poniendo en en nosotros una mirada de esperanza, nos habló así:

—Yo quisiera que ese muchacho esté aquí, en esta aula. Que ese muchacho sea cada uno de ustedes. Que el último día de clase, cuando hayamos aprendido a querernos y a ser mejores, cada uno de mis niños se acerque a mí y me diga: “Ese muchacho que la patria necesita, soy yo”. ¿Es posible que eso ocurra? ¿Ustedes creen que es posible?

Todos, poniéndonos de pie, contestamos con entusiasmo:

—¡Sí, señorita!

Yo sentí que mi corazón latía fuertemente, con alegría y orgullo.

* *
*



EL BURRO ENFERMO

A mi burro, a mi burro,
le duele la cabeza:
el médico le ha puesto
una corbata negra.

A mi burro, a mi burro,
le duele la garganta:
el médico le ha puesto
una corbata blanca.

A mi burro, a mi burro,
le duelen las orejas:
el médico le ha puesto
una gorrita negra.

A mi burro, a mi burro,
le duelen las pezuñas:
el médico le ha puesto
emplasto de lechuga.

A mi burro, a mi burro,
le duele el corazón:
el médico le ha dado
jarabe de limón.

A mi burro, a mi burro,
ya no le duele nada:
el médico le ha dado
jarabe de manzana.





- 7 -

LA SEÑORITA CLARISA

Estamos muy contentos con nuestra señorita. Parece muy buena. Nos trata con mucho cariño y nos inspira confianza y simpatía.

Es alta y delgada; tiene el cabello renegrido y dos ojos grandes y oscuros, que cuando nos miran parece que nos acariciarán.

Hasta el nombre me agrada. Se llama Clarisa.

Además, me gusta como enseña. Explica muy bien y con tanta claridad, que todo parece fácil.

Yo creo que hemos tenido mucha suerte y que vamos a aprovechar muy bien el año.

*Cualquier trabajo que hagas,
hazlo lo mejor que puedas.*



- 8 -

ANDRES PIRO

Es mi compañero de banco. Ordenado, activo y laborioso como una abejita, trabaja siempre en silencio, pacientemente, y todo lo hace bien, como si para él fuera muy difícil equivocarse. Sus cuadernos son admirables: sin un error, sin una mancha, de una letra menudita y simpática, siempre igual.

Es un buen compañero y, sobre todo, un buen hijo. Vive solo con la mamá, que es viuda y trabaja de lavandera para mantenerlo y costearle los estudios.

—Yo quiero aprender un oficio y llegar pronto a ser hombre, — suele decirme Andresito. — Tengo que trabajar para ayudarla a mi mamá.

Me gusta mucho este chico. Creo que vamos a llegar a ser muy amigos.



UN BUEN ALUMNO



Si me preguntaran cuál es el mejor alumno del grado, yo contestaría sin vacilar:

—Roberto Maresca.

Y creo que todos mis compañeros, y hasta la misma señorita, estarían de acuerdo conmigo.

¡Qué diferente a Carlos Albani! Atento y servicial, estudioso y activo, es un modelo en todo. Yo no recuerdo que jamás haya merecido un reproche de la maestra por una falta de aplicación o de conducta.

El otro día vino su papá a la escuela, para saludar a la maestra. La directora lo acompañó al grado y se lo presentó a la señorita. Es un señor muy simpático.

—Estoy muy contenta con su hijo, señor, — le dijo la maestra. — Es un excelente alumno. Ojalá continúe como hasta ahora.

—Me alegro mucho, señorita, — exclamó el padre.

Y acariciando con orgullo la cabeza de su hijo, agregó:

—Yo también estoy satisfecho con él.

DON PEDRO

El portero de la escuela se llama don Pedro.

Es un hombre activo, servicial y hábil para el trabajo. Barre los patios, arregla los salones, cuida el jardín, atiende al público, lo hace todo, sin tener jamás un gesto de cansancio o de impaciencia.



—Tiza, don Pedro...

—Don Pedro, una copa de agua...

—No hay tinta, don Pedro...

—El mapa, don Pedro...

Y don Pedro va y viene, atendiendo a todos,

sonriente y tranquilo.

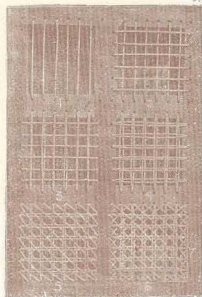
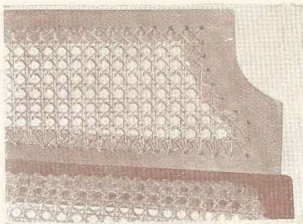
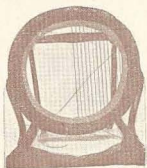
Es solo y vive en la escuela. El mismo se prepara la comida y lava y cose su ropa.

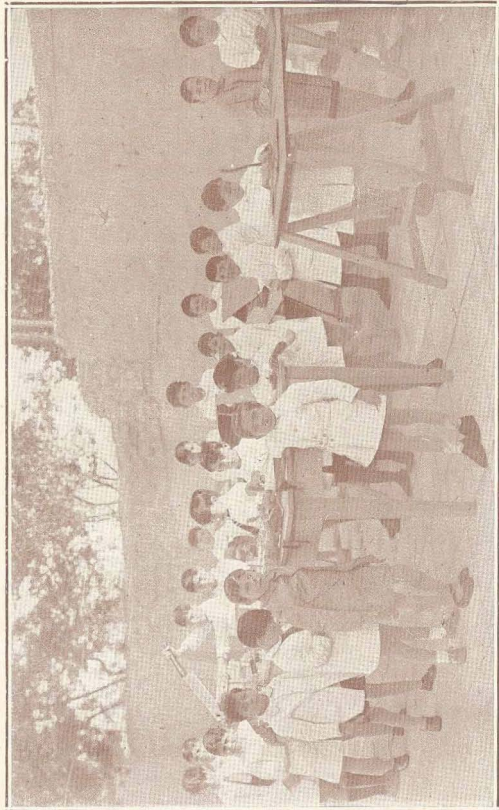
Todos lo queremos, porque es un buen amigo de los niños.





ESTERILLADO





EL TRABAJO DE LOS NIÑOS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



38 - MANOS A LA OBRA

Cuando entramos a clase, la señorita la hizo llamar a la directora y le explicó nuestro propósito de instalar un pequeño criadero.

—Los felicito, — nos dijo la directora. — Me parece una excelente idea. Desde ya los autorizo a hacerlo y les ofrezco yo también mi ayuda.

—Será necesario poner manos a la obra inmediatamente, — exclamó la maestra. — Hay que comenzar por prepararles a nuestros huéspedes una vivienda adecuada, y esa es tarea para varones.

Y agregó, dirigiéndose a Delia:

—Elije tus ayudantes para este primer trabajo.

Delia, luego de pensar un instante, contestó:

—Yo no sé, señorita.

—Bien,—dijo la maestra; — te ayudaremos.

Y nos miró a todos, como pensando a quiénes elegir. Todos, ansiosamente, levantamos la mano.

—No,—dijo la señorita;—por el momento bastan tres. Ya habrá tarea para los demás.

Los elegidos fuimos Andrés Piro, Roberto Maresca y yo.

Los tres, acompañados de Delia, nos dirigimos al jardín. No estábamos muy seguros de lo que teníamos que hacer, pero íbamos alegres y satisfechos.



BUEN COMIENZO

Nuestro trabajo no fué nada fácil. A pesar de la ayuda de don Pedro, la hora de la salida nos sorprendió en plena tarea, sudorosos y fatigados. Además, nos hacía falta alambre tejido, madera y otros materiales para terminar las instalaciones. Nos vimos obligados a suspender la obra.

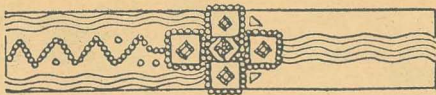
Como no era prudente, sin embargo, dejar a los animalitos sueltos y a la intemperie, improvisamos un corral en el fondo del jardín, donde los soltamos para que retozaran.

Luego, mientras Delia se ocupaba en ponerles agua y comida, los tres ayudantes nos reunimos a cambiar ideas. ¿Qué hacer? Roberto Maresca propuso que volviéramos después del almuerzo, para continuar nuestro trabajo.

Nos pareció lo mejor. Cada uno de nosotros se comprometió, además, a traer de su casa una parte del material que hacía falta.

Nada le dijimos de este propósito a Delia. Queríamos darle una sorpresa.





TRES BUENOS OBREROS

Los tres fuimos puntuales a la cita y cumplimos el compromiso de llevar los materiales prometidos. Andrés contribuyó con varios tablones de pino, Roberto con un paquete de clavos y cuatro chapas de cine usadas, y yo, por mi parte, con un rollo de alambre tejido, regalo de papá. Con eso y algunos trozos de madera y dos cajones vacíos que nos facilitó don Pedro, tuvimos material suficiente para nuestra obra.

No nos faltaba sino voluntad, y eso nos sobró a los tres. Trabajamos sin descanso, durante más de cuatro horas. Al atardecer, la obra estaba terminada.

Quedamos satisfechos. El gallinero resultó sólido, cómodo y amplio; pueden albergarse en él, fácilmente, quince o veinte gallinas. En un rincón, al fondo, instalamos la conejera.

Falta arreglar algunos detalles, pero eso lo haremos más adelante. Nuestros huéspedes tienen ya casa y están alojados cómodamente, que es lo que deseábamos.



- 41 -

SATISFACCIÓN

Esta mañana, al contemplar nuestra obra, la sorpresa de la señorita y de los compañeros fué muy grande. Delia, sobre todo, no salía de su asombro. ¿Cómo habíamos podido hacer eso? Le parecía un sueño.

Cuando le contamos nuestro complot, se disgustó un poco con nosotros. Hubiera querido contribuir ella también con su esfuerzo.

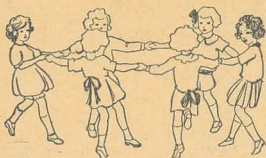
La maestra quedó contentísima con nuestro trabajo. La hizo llamar a la directora para mostrárselo.

—Estoy orgullosa, señora — le dijo: — mire usted lo que han hecho mis muchachitos.

La directora nos felicitó.

Yo creo que en toda la escuela no se ha hablado hoy de otra cosa. Durante los recreos, no quedó un solo alumno que no se acercara a contemplar nuestro gallinero, en el que los ocho animalitos, con aires ya de dueños de casa, retozaban alegremente.





- 42 -

A LA MANCHA

Por allá, en la tardecita,
dentro del espacio azul,
están jugando a la mancha
diez mil bichitos de luz.

Como va siendo de noche,
todos llevan un farol,
que apagan para esconderse
como diciendo: a mí no;
que encienden para mostrarse
como gritando: aquí estoy.

Por allá, en la tardecita,
dentro del espacio azul,
están jugando a la mancha
diez mil bichitos de luz.

Fernán Silva Valdés

MANOS HABILES

Papá tiene una gran habilidad y destreza en las manos. ¡Cuántas cosas útiles, cuántos trabajos ingeniosos y cuántos juegos entretenidos sabe hacer con ellas!

Anoche, de sobremesa, nos deleitó durante un largo rato, sin más elementos que una luz, la pared del comedor, sus dos manos y su buen humor.

Interponiendo las manos entre la luz y la pared, hizo gran cantidad de figuras de animales, personas y objetos de todas clases.

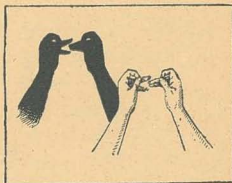
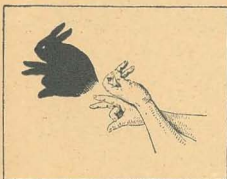
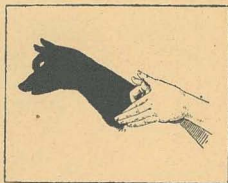
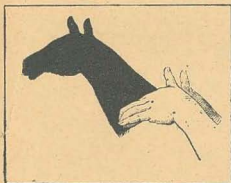
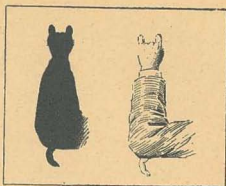
Esas figuras, según nos dijo, se llaman “sombras chinescas”.

Nosotros quisimos imitarlo, pero no nos resultó muy fácil. Se explica; no tenemos ni la habilidad ni la práctica de papá.

Observa la página que va al frente. En ella verás algunas de las hermosas pruebas hechas por él.



SOMBRAS CHINESCAS





EL ENFERMO

Andresito está enfermo. Hace seis días que falta a la escuela.

Ayer por la tarde fuí a visitarlo. Lo encontré en cama, ya mejorado y fuera de peligro, pero muy débil. El médico, según me dijo la mamá, cree que hasta dentro de una semana no podrá volver a la escuela.

¡Qué contento se puso mi compañerito cuando me vió llegar! Sus ojos tristes y fatigados, se llenaron de vida y alegría. No sabía cómo agradecerme el libro de cuentos que le llevé de regalo y la corbata de seda que le mandó Tinita.

Le prometí volver mañana, a la salida de la escuela.

Al marcharme, la mamá me acompañó hasta la puerta.

—¡Qué bien has hecho en venir a verlo! — me dijo. — ¡Se ha acordado tanto de ti estos días!

Ya en la puerta, me repitió:

—Gracias, hijito.

Y estrechándome en sus brazos, me dió un beso en la frente. Yo sentí como si me hubiera besado mi madre.



- 45 -

EL GENERAL SAN MARTÍN

(*Composición*)

El general San Martín fué un valiente soldado y un gran ciudadano, amante, por sobre todas las cosas, de la justicia y de la libertad.

Su vida es un ejemplo de patriotismo y honradez.

La historia recordará siempre su nombre, como el de uno de los más gloriosos argentinos.



- 46 -

EL INSTINTO DEL AMOR

Tomasito Giménez es un niño muy curioso. Todo lo quiere saber. A veces nos hace reír con sus preguntas.

Hoy, mientras dábamos una clase sobre las aves, la interrumpió a la maestra.

—Señorita, — le dijo: — ¿las aves son inteligentes?

La maestra lo miró, un poco extrañada. Pensó un instante, y luego le contestó:

—Inteligentes como los seres humanos, seguramente no; pero tienen como nosotros el instinto del bien y del amor. Construyen sus nidos con primor e ingenio, convirtiéndolos en verdaderos hogares. Cuidan y alimentan a sus polluelos con amor de madre, y los defienden y protegen cuando, recién salidos del cascarón, intentan torpemente los primeros aleteos.

Son activas, laboriosas y alegres. Todo es maravilloso en ellas: el canto, el color, el vuelo.



- 47 -

AMOR DE MADRE

Joven aún, entre las verdes ramas
de secas pajas fabricó su nido:
La vió la noche calentar sus crías,
la vió la aurora acariciar sus hijos.

Batió sus alas y cruzó el espacio,
buscó alimento en los lejanos riscos,
trajo de frutas la garganta llena,
y con arrullos despertó a sus hijos.

El cazador la contempló dichosa...
Y, sin embargo, disparóla un tiro...
¡Ella, la pobre, en su estertor de muerte
abrió las alas y cubrió a sus hijos!...

Victor Hugo.



LOS CUENTOS DE LA SEÑORITA



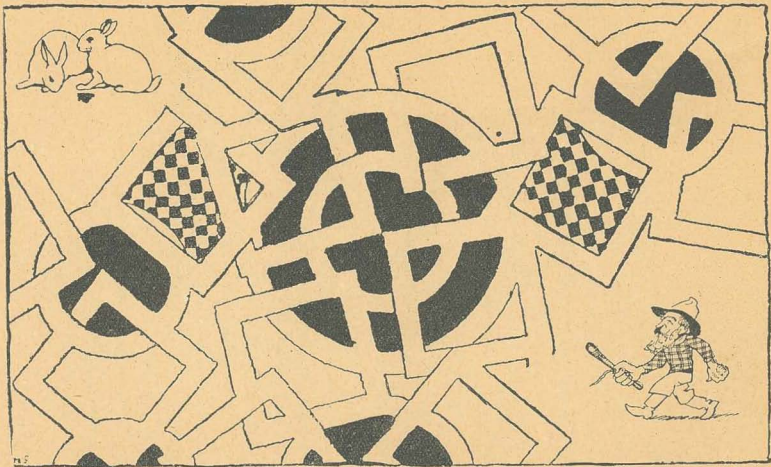
Me gustan mucho los cuentos. En eso me parezco un poco a Pablo Merello, aunque yo prefiero oírlos contar. Los comprendo mejor y me parecen más interesantes, sobre todo cuando los cuenta la señorita.

Sabe muchos y todos muy lindos. Nos pasaríamos las horas escuchándola. Apenas termina de contar uno, deseáramos oír otro.

Los sábados, en cuanto entramos del último recreo, nos disponemos a escucharla. Para poder seguir atentamente sus palabras, todos querríamos sentarnos en los primeros bancos. Yo creo que nunca hay en la clase un orden tan perfecto como en ese momento.

El que nos ha gustado más hasta ahora, es el que nos contó el sábado pasado. Se llama "El gato con botas".





Los pícaros conejitos se han escapado de la conejera. ¿Cómo hará don Tancredo para atraparlos?

NUESTRO JARDÍN

La señorita ha conseguido que la directora nos ceda la parte del jardín que queda frente a nuestro salón. Es un cantero del tamaño de una sala pequeña. Tiene cuatro metros de largo por tres y medio de ancho.

Hubiéramos deseado destinarlo a huerta, pero no ha sido posible. Hay en él varias plantas de claveles y tres hermosos rosales, que ocupan casi todo el terreno, y sería penoso sacrificarlos.

—Es necesario resignarse,
— nos dijo la señorita: — ya que no podemos hacer una huerta, haremos un pequeño jardín; en vez de cultivar legumbres y hortalizas, cultivaremos flores.

Nos ha parecido muy bien, aunque es una lástima que se disponga de tan poco terreno en la escuela. Nos hubiera encantado poder formar las dos cosas, huerta y jardín.





- 50 -

LOS ELEMENTOS DE TRABAJO

Para el cultivo de tan pequeño jardín, los útiles de trabajo necesarios no son muchos. Por el momento, nos bastan los pocos que tenemos ya en la escuela: una pala, dos azadas, un rastrillo y una regadera. Disponemos, además, de una pequeña carretilla de mano.

Con todo esto y un poco de ingenio y buena voluntad, tenemos elementos suficientes para el cultivo de nuestro jardincito.

No nos falta ahora sino organizar el trabajo y distribuirnos la tarea, a fin de que cada uno sepa las obligaciones que le corresponden.

Yo creo que esto debe resolverlo la señorita. Ella, mejor que nosotros, sabe lo que cada uno es capaz de hacer.



DISTRIBUCIÓN DEL TRABAJO

—Son treinta alumnos, y todos tienen buena voluntad para el trabajo, — nos dijo la señorita. — ¿Qué haremos con tantos jardineros para tan poco jardín? No tenemos terreno, ni tarea, ni útiles para todos. Lo mejor, yo creo, sería establecer turnos. Cada semana podrían encargarse del cuidado de las plantas dos alumnos, un varón y una niña, con la ayuda de todos los demás, si fuera necesario.

—Además, — agregó, — no olvidemos nuestro criadero. Las plantas han de exigirnos tanto trabajo y atención como los animales. Será necesario que dividamos nuestro tiempo y nuestra preocupación entre el jardín y la granjita.

Encontramos muy razonable lo que nos dijo la señorita.

El primer turno ha quedado a cargo de Elvirita Ferri y Antonio Balbi. La próxima semana les corresponderá a Laura Peña y Andrés Piro.



LOS ÁRBOLES



Hoy ha sido el día del árbol. Con ese motivo, hemos estado de fiesta en la escuela. Después del último recreo, todos los grados formaron en el patio. Cantamos el himno al árbol y luego la directora nos dirigió la palabra, pronunciando un corto discurso que aplaudimos con entusiasmo.

“Los árboles”,—nos dijo entre otras cosas, — “son nuestros amigos. Nos dan su sombra y sus frutos; nos proporcionan madera y abrigo; embellecen el mundo y contribuyen a hacer cómoda y agradable la vida del hombre y de los animales. El que destruye sin necesidad un árbol, comete una mala acción.”

Al terminar nos dijo:

“Yo estoy muy contenta con ustedes, porque sé que todos aman a los árboles. El cuidado con que protegen a los que tenemos en este patio, es la mejor prueba de ello.”



53 - ABUELITO

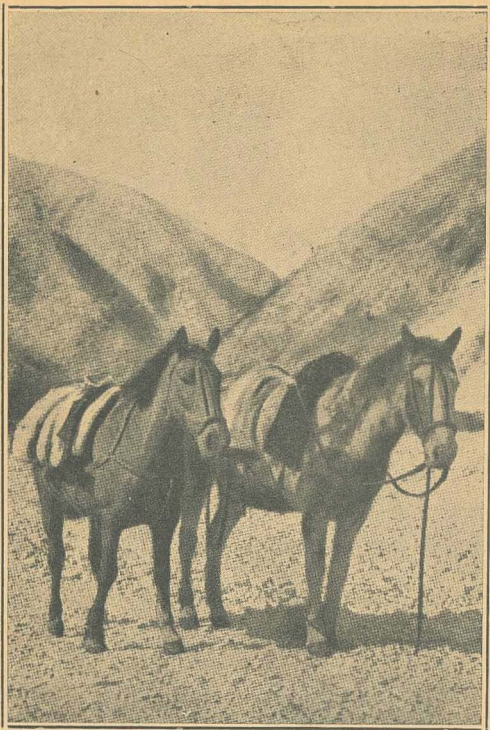
Abuelito, ¿por qué ese entrecejo?...
¿Tienes luna?... ¡Qué malo estás hoy!
Si te estorbo, abuelito, te dejo...
¡No me quieres, ya se ve!... ¡Me voy!

¡Ah! ¿me llamas?... ¿sobre tus rodillas
a caballo me dejas subir?...
Bueno, pero... ¡no me hagas cosquillas!...
¿Cuántas veces te lo he de decir?

Dame, abuelo, tus barbas de plata,
como riendas... ¡Qué fuertes que son!
... ¡Más despacio!... ¡Ese pingo me mata!...
... ¡Tiré mucho, abuelito?... ¡Perdón!

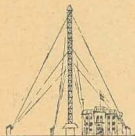
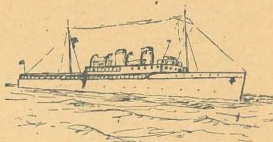
Ahora un beso, ya que estás contento.
Voy a dar una vuelta; después,
cuando vuelva, me cuentas un cuento...
¡Y no arrugues la frente otra vez!

Cecilia Borja.



“Gato” y “Mancha”, dos caballitos criollos que se hicieron famosos por la extraordinaria resistencia que demostraron al realizar el largo viaje entre Buenos Aires y Nueva York.

COMUNICACIONES Y TRANSPORTES

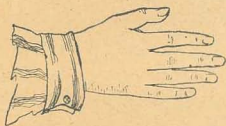


LOS CINCO OBRERITOS

(Composición)

Esta es tu mano derecha. Mírala. ¡Cuántas cosas admirables y útiles sabe hacer! ¿Qué sería de ti sin ella?

Sus cinco dedos son como cinco obreritos que no conocen la ociosidad ni la fatiga. Obsérvalos.



Separados, son débiles y torpes; unidos, son fuertes y hábiles. Por eso trabajan ayudándose y apoyándose siempre entre sí, y la actividad de uno es

la de todos.

Trabajan para ti esos cinco obreritos; durante toda tu vida trabajarán para ti. Silenciosos y pacientes, estarán siempre a tu servicio y te colmarán de dones y riquezas sin esperar recompensa.

*La mano es el instrumento de trabajo
más útil que posee el hombre.*



LOS PEPINOS

—A Sarmiento, — nos contó hoy la señorita, — le gustaban mucho los pepinos; pero sus parientes, sabiendo que son muy indigestos, solían empeñarse en evitar que los comiera.

Quando Sarmiento preguntaba en la mesa:

—¿No hay pepinos?

—No, — le contestaban; — todavía no es el tiempo.

En cierta ocasión, sospechando la verdad, resolvió ir él mismo al mercado. Grande fué su enojo al comprobar que lo engañaban.

—¿Con que no había pepinos! — exclamó al entrar a su casa. Y agregó, mostrando los que acababa de comprar:

—¿Y estos qué son?

—Es que le hacen a usted mucho daño, abuelito... — se atrevió a contestarle su nieta.

—¿A mí no se me engaña! — exclamó Sarmiento con energía: — ¡Me indigesta más una mentira que un pepino!

INJUSTICIA

—Me ha gustado mucho tu composición, — me dijo ayer la señorita. — Está muy bien.

—Sin embargo, — agregó, — no has sido justo. Te has olvidado de algo.

Yo la miré sin comprender.

—Esos cinco obreritos de tu mano derecha son realmente muy útiles y merecen el elogio que haces de ellos. Pero, ¿y los otros? ¿los de tu mano izquierda? Los pobrecitos son tan torpes, porque todos, como tú al hacer tu composición, nos olvidamos de ellos. No sabemos educarlos.

Yo comprendí.

—Señorita, — le dije: — quiero escribir otra composición. ¿Me permite, señorita?

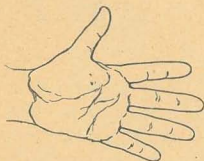
—Bien. Escríbela.

La escribí anoche. Creo que me ha salido mejor que la otra. Le he puesto por título “Los obreritos olvidados”.



LOS OBRERITOS OLVIDADOS

(Composición)

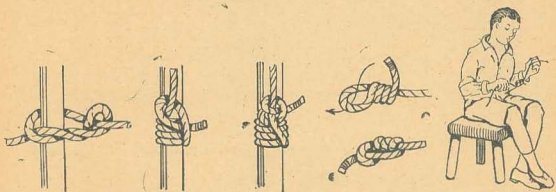
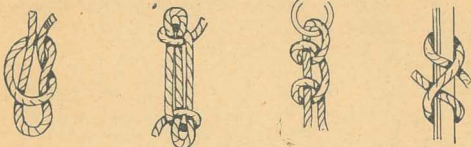
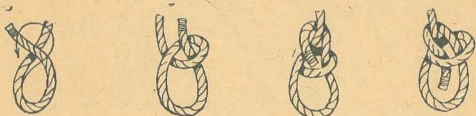


Esta es tu mano izquierda. Mírala. Es igual a la derecha. Iguales sus dedos, igual su tamaño, su forma, su fuerza. Sin embargo, es torpe; no tiene ni la destreza ni la agilidad de su compañera.

¿Por qué? Tuya es la culpa. ¿No has pensado nunca en los beneficios incalculables que obtendrías con sólo empeñarte en hacer de tu izquierda el instrumento de trabajo que has hecho de tu derecha? Esos cinco dedos son torpes y pesados porque no has sabido darles la habilidad que pacientemente, como un maestro amoroso, diste a los otros. Edúcalos, pues; utilízalos, guíalos. ¡Cuántas cosas útiles y admirables serías capaz de hacer con la ayuda de esos cinco obreritos que injustamente has tenido hasta ahora en la inactividad!



COMO SE HACE UN NUDO



Tomasito es un niño hábil. Con un trozo de cuerda ha hecho estos nudos.

¿Eres capaz de imitarlo tú? Inténtalo.



58 - PLANTEMOS EL ARBOL

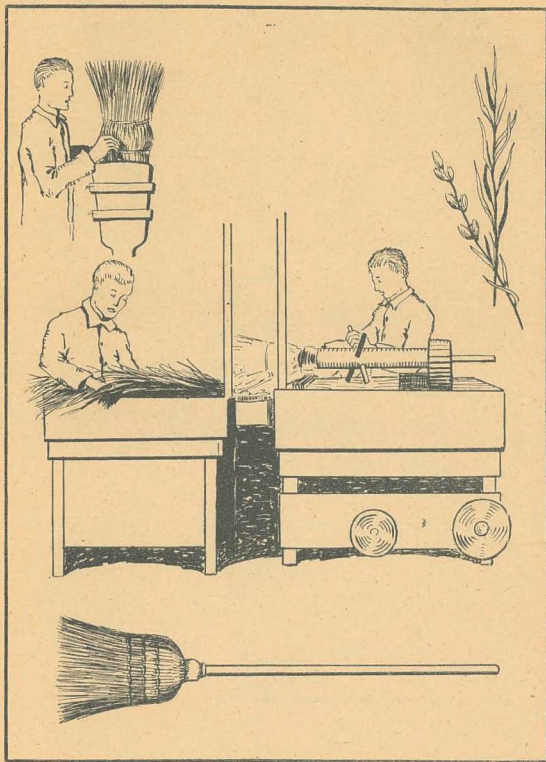
Abramos la tierra, plantemos el árbol;
será nuestro amigo y aquí crecerá,
y un día vendremos buscando su abrigo
y flores y frutas y sombra dará.

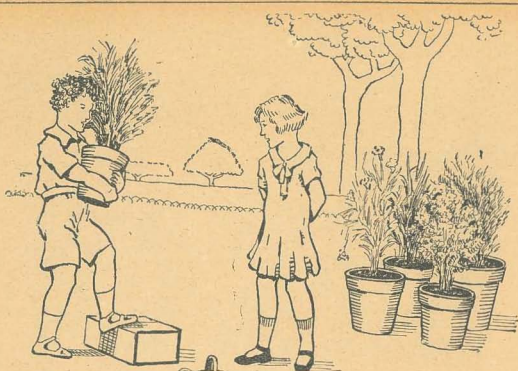
El cielo benigno dé riego a su planta,
el sol de septiembre le dé su calor,
la tierra su jugo dará a sus raíces
y tendrán sus hojas frescura y verdor.

Plantemos el árbol, el árbol amigo,
sus ramas frondosas aquí extenderá,
y un día vendremos, buscando sus flores,
y sombras y frutas y flores dará.

Enrique E. Rivarola.

EN CLASE DE ESCOBERIA





59 - LOS JARDINERITOS

Tomasito Giménez y Laura Peña son los encargados de cuidar las macetas esta semana. Han tenido mucha suerte, porque yo creo que para antes del lunes se abrirán los claveles. En los botones, pequeña y rosada, asoma ya la flor, ansiosa de vida.

¡Con qué amor cuidan sus plantas los dos niños! Tomasito, que nunca fué muy puntual, es ahora el primero en llegar a la escuela. Antes de entrar a clase, riega los claveles, remueve cuidadosamente la tierra y vuelve a colocar las macetas en la galería. A la salida, antes de marcharse, lleva nuevamente las macetas al patio.

—Dejándolas aquí, — dice, — recibirán el sol desde temprano.

—Además, — agrega Laura, — el rocío hace mucho bien a las plantas.

UNA TARDE BIEN APROVECHADA



Ayer por la tarde fuí con Andrés Piro a casa de Delia. Deseábamos consultar al señor Galli sobre algunos puntos referentes a la alimentación de los animales de corral. El señor Galli nos atendió con mucha cortesía, dándonos pacientemente explicaciones y consejos que han de sernos

muy útiles en el cuidado de nuestro criadero escolar. Nos prometió, además, ir un día de estos a la escuela para conocerlo.

¡Cuántas cosas aprendimos en una hora Andrésito y yo! Salimos de la casa de Delia encantados. Fué una visita realmente provechosa y agradable para nosotros.





- 61 -

LOS VIAJES DEL SOL

El buen sol no está en la cama
cuando yo de noche duermo;
de la tierra en torno viaja
y su luz lleva a otros pueblos.

Mientras es aquí de día
y en la huerta alegre juego,
a otros niños, en sus camas,
va la madre a dar un beso.

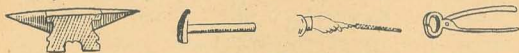
Y al caer aquí la tarde,
mientras yo a la mesa ceno,
los niñitos del oeste,
con el sol, dejan el lecho.

(De Steverson)

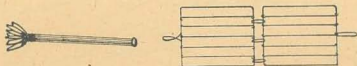
LAS HABILIDADES DE ROBERTO

Roberto Maresca es un niño hábil y activo.

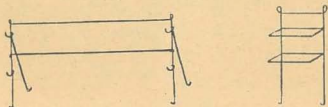
Ayer encontró en su casa un trozo de alambre dulce, que había sido utilizado para atar un fardo de mercaderías. Lo enderezó y alisó cuidadosamente, y con él y estas herramientas que ves aquí,



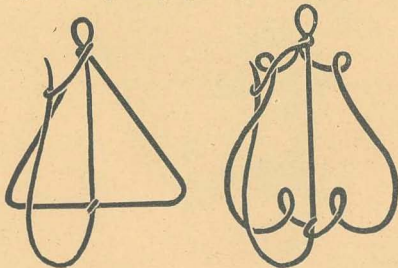
hizo un batidor y un tostador de pan para la mamá,



un portalápiz y un macetero para la hermanita



y dos ganchos para papeles para el papá.



TOP

Este es Top, nuestro perro. Tiene cara de pocos amigos, pero no te asustes; no ataca a quien no lo molesta.

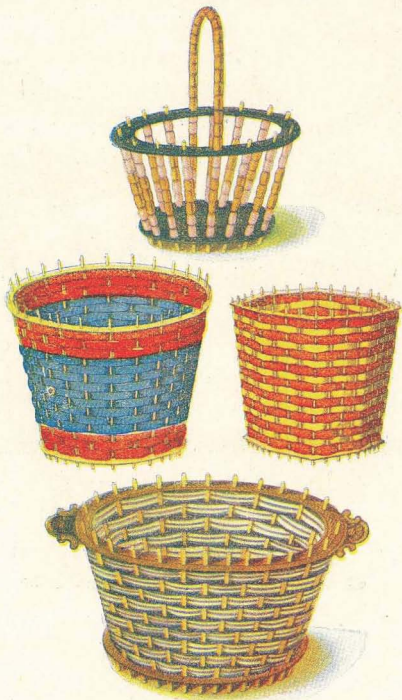
Lo tenemos en casa desde pequeñito. Lo trajo papá del campo apenas tenía un mes. A pesar de su aspecto de fiereza y de sus gruñidos de malhumor, es un animalito juguetón y cariñoso.



A veces salimos todos, dejando la casa sola, confiada a la vigilancia de Top. Es un fiel y animoso guardián.

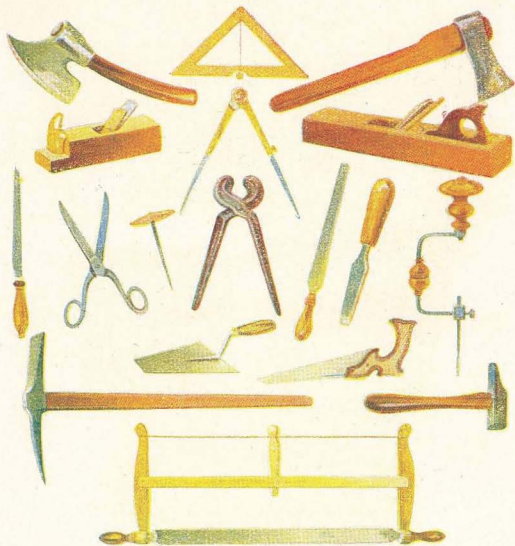
—No hay cuidado que entre nadie en nuestra ausencia, — suele decir papá: — estando Top, es como si estuviéramos nosotros.





« CESTERÍA »

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



◁ HERRAMIENTAS Y ÚTILES
DE TRABAJO ▷



64 - EL CHINGOLO

Quando el campo está más solo,
y la casa, en paz, abierta,
aparece por la puerta,
muy sí señor, el chingolo.

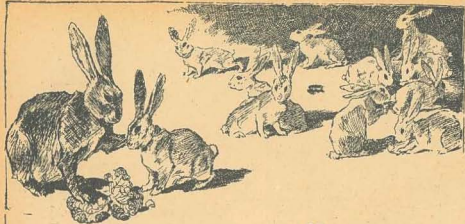
Viene en busca de una miga
o una paja de la escoba
que, ciertamente, no roba,
porque la gente es su amiga.

Salta, confiado, al umbral
y solicita permiso,
con un gritito conciso
como pizca de cristal.

Y en el patio de la escuela
con saltito impertinente,
parece que eternamente
va jugando a la rayuela.

Leopoldo Lugones

(Fragmento)



- 65 -

LAS PRIMERAS CRIAS

Hoy, lunes, tuvimos una gran sorpresa.

Como esta semana estamos de turno, Herminia y yo llegamos muy temprano a la escuela, para hacer la limpieza del gallinero y ponerles agua y comida a los animales. Cuando nos vió entrar, don Pedro se acercó sonriente.

—Vengan, — nos dijo; — hay algo para ustedes.

Sin explicarnos de qué se trataba, cruzó el jardín y se dirigió al fondo. Nosotros lo seguimos, un poco intrigados. ¿Qué podía ser?

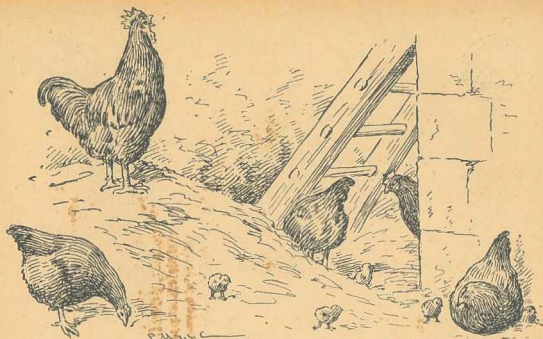
Al llegar frente al gallinero, don Pedro se detuvo.

—La novedad está ahí dentro, — exclamó.

Nos acercamos. ¡Qué alegría! En la conejera había cinco hermosos conejitos blancos, apenas un poco más grandes que las lauchas.

—Nacieron ayer, — nos dijo don Pedro.

La noticia, por supuesto, no tardó en conocerse en la escuela. Yo creo que en los recreos no se ha hablado de otra cosa.



66 - UNA BUENA MADRE

En nuestro gallinero tenemos ya tres gallos y quince gallinas, todas muy ponedoras.

El mes pasado le pusimos a la ceniza, que es mi preferida, doce huevos para que empollara. Como se rompieron tres, sólo nacieron nueve pollitos. Todos viven.

La gallina los alimenta y los vigila constantemente, como una verdadera madre. A veces, en los recreos, me entretengo observándola. Anda inquietamente por todos los rincones del gallinero, escarbando con el pico y las patas. Cuando encuentra una lombriz, levanta vivamente la cabeza y lanza un breve cacareo para llamar a los pollitos, como invitándolos a un festín.

Al atardecer, los reúne a todos y los hace dormir abrigados bajo sus alas.



- 67 -

UN PROBLEMA GRAVE

Se aproxima ya el fin del curso. Dentro de pocos días, terminados los exámenes, comenzarán las vacaciones, es decir, el descanso.

¡Tres meses sin venir a la escuela, sin ver a la señorita, sin jugar con mis compañeros, sin corretear por el jardín, sin sentarme en estos bancos! ¿Cómo estar alegre al pensar en todo eso?

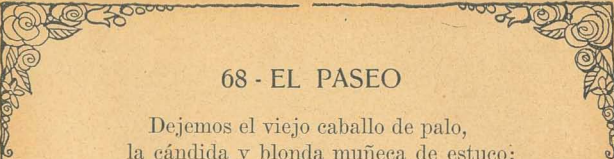
Una cosa me preocupa más que nada, sin embargo. ¿Qué será en tan larga ausencia de nuestros deliciosos conejitos, de nuestras plantas, de nuestros pájaros?

Hoy, después de mucho vacilar, me resolví y le hablé de eso a la maestra.

—No te preocupes, — me contestó sonriendo; — todo se arreglará cuando llegue el momento.

Yo no sé lo que ha querido decirme, pero sus palabras me han tranquilizado.





68 - EL PASEO

Dejemos el viejo caballo de palo,
la cándida y blonda muñeca de estuco;
dejemos la historia del ogro muy malo
y el cuento del niño que se lleva el cuco...

Vamos a cantar una alegre canción,
canción infantil, sonora y ligera,
que llene de gozo nuestro corazón
y tenga el perfume de la primavera.

Vamos a correr por el prado verde,
que hoy está lleno de flores bermejas.
Vamos hasta donde la vista se pierde,
como van las aves y van las abejas...

El sol, en su dulce caricia de oro,
recama las chozas, baña los alcores.
Se escucha el profundo mujido del toro
y salen al campo los agricultores.

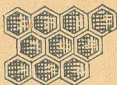
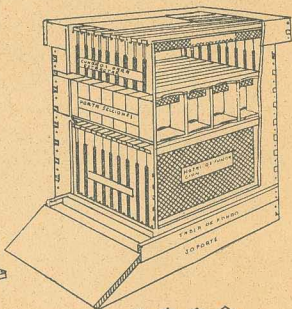
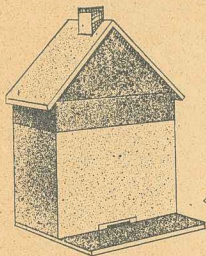
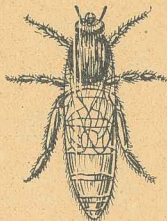
Vamos a brincar... Las gramillas tiernas
ofrecen al paso mullido tapiz.
Que estallen los gritos, que salten las piernas,
y el alma se vuelque vibrante y feliz.

Y nuestro correr se anime y se extienda
hasta donde se unen la tierra y el cielo...
Llevamos el cesto lleno de merienda
y van con nosotros mamá y el abuelo!

(Fragmento)

Ernesto Mario Barreda

APICULTURA





69 - DESPEDIDA

Es el último día de clase.

¡Cuánta animación y actividad en la escuela! Todos estamos inquietos y nerviosos, como si nos preparáramos para emprender un largo viaje. En los recreos, olvidados de jugar, charlamos y comentamos cien cosas a la vez. Las vacaciones son el tema obligado. ¡Cuántos proyectos, cuántas promesas, cuántas esperanzas!

Entramos, al fin, por última vez a clase.

La señorita nos entrega los útiles, las libretas de clasificaciones y todos los objetos que hemos hecho: juguetes, canastos, cepillos, reglas, cajas, carpetas... Nos sentimos orgullosos y contentos: ¡todo eso es obra nuestra, es el trabajo del año!

Luego, en medio de un gran silencio, la señorita nos habla, con una voz grave y extraña que tiembla de emoción:

—Hemos terminado nuestras tareas, — nos dice. — Yo estoy muy satisfecha, porque creo que todos han cumplido con su deber y han empleado provechosamente el tiempo, aprendiendo a quererse y a ser cada día mejores. Algunos acaso ya no vuelvan el año próximo a la escuela; otros no estarán conmigo. Yo los tendré siempre presentes a todos en mi recuerdo y seguiré siendo para todos la amiga leal y desinteresada que he sido durante el año.

70 - UNA SORPRESA AGRADABLE

La señorita hizo un corto silencio, y luego, mirándome a mí, dijo:

—Alguien, hace días, me habló de nuestras plantas y de nuestros animalitos. ¿Qué será de ellos en estos tres meses de ausencia? No podemos abandonarlos. ¿No les parece a ustedes?

—No, señorita, — contestamos.

—Y bien, — agregó ella: — creo que he dado con la solución justa. Esas plantas y esos animales son nuestros, son de todos; todos los queremos y les hemos dedicado durante muchos meses nuestra ternura y nuestra bondad, y todos, seguramente, desearíamos tenerlos con nosotros. Como eso no es posible, he pensado que podríamos nombrar depositarios de ellos a los tres compañeros que con más empeño nos han ayudado en la agradable tarea de cuidarlos. ¿Les parece bien?

—Sí, señorita, — contestamos todos.

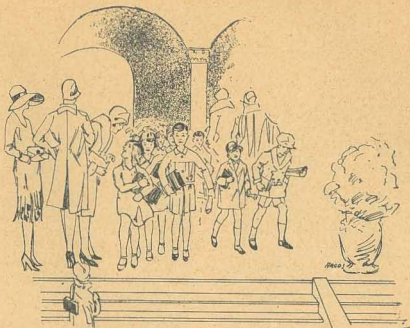
Nos llamó, entonces, a Delia, a Tomasito y a mí.

—Tú, — le dijo a Delia, — te encargarás de los conejitos.

—Tú, — agregó, dirigiéndose a Tomasito, — tendrás a tu cuidado las aves; y tú, — dijo por fin, hablándome a mí, — te ocuparás de las plantas.

Todos los niños aplaudieron.

—Bien entendido, — terminó la señorita, — que cada uno será responsable de lo que se le entregue.



71 - ¡GRACIAS, SEÑORITA!

Sonó en ese momento, por última vez en el año, la campana de la escuela.

Nos pusimos de pie y formamos en la galería. Luego, lentamente, empezamos a desfilar.

Al pasar junto a la señorita, nos fué dando a cada uno un beso y tuvo para cada uno una caricia.

Ya en la puerta, nos despidió con una última recomendación:

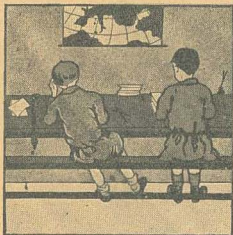
—No me olviden. Pórtense bien.

—¡Gracias, señorita, gracias! — respondimos todos en coro.

La señorita, sonriente, nos siguió con la mirada, mientras salíamos.

Yo fuí el último. Al pasar a su lado, vi que estaba llorando, y sentí que una gran pena me oprimía el corazón.

CONSEJOS DE HIGIENE



Siéntate derecho en la escuela.



Duerme con la ventana abierta.



No escupas nunca en el suelo.



Láyatelo las manos antes de sentarte a la mesa.

PARA CONSERVAR LA SALUD



No laves a la boca objetos sobre los cuales la saliva de otros haya podido tocar.



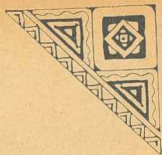
Antes de acostarte, cepíllate los dientes.



Toma un baño lo menos una vez por semana.



Dentro de lo posible, vive al aire libre.



- 72 -

OFRENDA A LA PATRIA

Por mi Dios y por mi sangre
te hago ofrenda de mi vida:
lo que soy y lo que tengo
te lo debo, patria mía.

Lo que canto y lo que sueño,
todo el cáliz de mi vida,
ante el ara de tus héroes,
te lo brindo, patria mía.

No me arredran los embates
de la lucha por la vida,
porque sé que la victoria
siempre es tuya, patria mía.

Y si pierdo en la batalla
los alientos de mi vida,
clamará mi último grito:
“¡Vive y triunfa, patria mía!”

Lo que soy y lo que tengo
te lo debo, patria mía:
de mi vida te hice ofrenda,
¡usa, patria, de mi vida!

Carlos Octavio Bunge



LOS CUENTOS DE LA SEÑORITA



FABRICANDO FLORES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE

73 - EL TAFETAN

Adela, hija de un zapatero, dirigía la casa de su padre, que era viudo.

Era una niña diligente y muy entendida en el manejo del hogar, pero le gustaba demasiado engalanarse y vestir bien.

Con la intención de hacerse un vestido, compró un día ocho metros de tafetán carmesí, a cinco pesos el metro. Lo mostró a su padre, que no quería que la joven usara lujo en el vestir e ignoraba el precio de los géneros de seda; pero le hizo creer que el tafetán costaba solamente dos pesos y medio el metro. Y tanto rogó, que obtuvo que el padre le diera veinte pesos para el género y algunos más para la confección del vestido.



Transportada de alegría, Adela agregó a ese dinero veinte pesos que había economizado con dificultad, y corrió a pagar al tendero la tela que le había comprado.

Mientras se hallaba fuera de su casa, entró a la zapatería un hombre que solía vender cuero; vió el tafetán y preguntó cuánto costaba el metro.

—Por cierto que es caro, — respondió el padre de Adela; — cuesta dos pesos y medio.

—No me parece caro, — dijo el visitante. — Estoy dispuesto a comprárselo pagando tres pesos el metro.

El zapatero aceptó la proposición. Luego de depositar el dinero sobre el mostrador, el hombre guardó la tela en su valija y se retiró muy satisfecho del brillante negocio que acababa de hacer.

Al regresar Adela, su padre le dijo:

—Hija mía, puedes estar contenta. Durante tu ausencia he hecho un buen negocio para ti. Vendí tu tafetán a razón de tres pesos el metro. Has ganado, pues, medio peso por metro y ahora puedes comprar una tela mejor.

Al oír estas palabras, Adela, consternada, se puso pálida y en el primer momento de sorpresa exclamó, uniendo las manos:

—¡Dios mío! ¡Qué pérdida!

Sospechó entonces el padre que la joven le había mentado.

En efecto, ésta confesó entre sollozos que la tela le había costado cuarenta pesos y que, por consiguiente, perdía diez y seis.

—Tu mentira ha sido castigada — le dijo el padre. — Por tu culpa acabas de perder el dinero que habías ahorrado tan laboriosamente. Por mi parte, me quedo con los veinticuatro pesos que el hombre me pagó, y en vista de que me has engañado tan descaradamente, no te daré ni un centavo para el vestido.

Juan Cristóbal Schmid



HISTORIA DE LA LLUVIA

Había una vez una niñita llamada Lluvia. Su mamá era la señora Nube y su papá el señor Viento. Tenía por tío al Ciclón y por abuelos al señor Aguacero y a la señora Tempestad.

Como ustedes comprenderán, era ésta una familia muy respetable en el cielo; una familia tan antigua como la existencia del mundo. Lluvia, la única pequeña de esta familia, era muy mimada, y como sucede a muchos niños, no escuchaba los consejos que le daban sus mayores.

Del otro lado del cielo habitaba el rey Sol con sus niños, que eran muchísimos: Luz de Oro, Rayito de Sol, Manchita de Sol y Caricia de Sol.

Un buen día, Luz de Oro, Rayito de Sol, Manchita de Sol y Caricia de Sol, bajaron a la Tierra, para festejar la llegada de la Primavera. Los hombres, los niños, los animales y las plantas, todos estaban contentos. Los hijitos del Sol bailaban, pasaban entre las hojas de los árboles y recorrían todos los senderos. Por todas partes se oían cantos de alegría.

Lluvia se había asomado a la ventana y desde allí espiaba.

—Quiero ir a jugar con ellos, — dijo.

—No, no, — exclamó su mamá; — no ha llegado para ti el momento de jugar. Si vas, te recibirán mal, pues cada uno debe aparecer a su debido tiempo. No creas, Lluvia, que los hijos del Sol juegan solamente; cumplen también con un deber: trabajan, hacen crecer las hierbas, maduran los frutos, abren las flores y sólo porque trabajan con gusto y alegría, parece que juegan. Ahora son ellos quienes deben aparecer, y no tú. Pero Lluvia, obstinada y caprichosa, burló la vigilancia de su mamá, la señora Nube, y emprendió su viaje a la tierra, corriendo en todas direcciones y arrojando gruesas gotas de agua. Pero, como se lo había dicho su mamá, en vez de ser recibida con alegría, todos mostraron su descontento. En seguida los hijitos del Sol se escondieron. La Tierra se puso triste; las cabritas, todas mojadas, se retiraban al establo y los campesinos miraban caer el agua, y decían:

—¡Qué lástima! Esta lluvia ha venido a descomponer el buen tiempo.

—Nos hará marchitar el trigo, si continúa... Lluvia, al oír esto, volvió enojada a su casa.

—¡Me han maltratado, me han insultado! — decía. — Quiero que abuelita Tempestad y abuelito Aguacero los castiguen, ahogando a los hombres e inundando sus campos.

—¡Oh, no, Lluvecita!—dijo la señora Nube.— Esas palabras de venganza son muy feas. Además,

si hubieses sido obediente, no te hubiera sucedido eso. Te había dicho que esperases hasta que te llegara el turno de ayudar al hombre en su trabajo. Sólo entonces serás bien recibida.

—¡Es verdad! — respondió Lluvia. — No volveré hasta que llamen.

En efecto, no se acercó más a la ventana para ver lo que ocurría en la Tierra. Luego emprendió un largo viaje a través del Cielo, en compañía de su papá y de su mamá; pero tan alto, tan alto, que cuando Viento, Nube y Lluvia recorrían el espacio, los hombres no los veían. Después de tres meses de viaje, volvieron a su hogar.

—¡Oh! — pensó Lluvia. — Ahora me asomaré a la ventana para ver lo que hacen en la Tierra.

¡Cómo había cambiado el aspecto de la Tierra!

Los árboles se habían cubierto de espeso follaje; la hierba estaba muy alta y la época de la siembra había llegado. Pero como el Sol y sus hijos hacía tres meses que trabajaban continuamente brillando en el espacio y calentando la superficie de la Tierra, ésta aparecía seca y ardidada.

Los campesinos, sofocados por aquel aire tan caliente, miraban hacia el Cielo y exclamaban:

¡Qué bendición sería una lluvia!

—Un aguacero bastaría para abrir las espigas.

Lluvia, asomada a la ventana, oía todo esto. Su abuelo Aguacero le dijo:

—Lluvia, ¿quieres ir?

—¡Sí, sí! — respondió Lluvia, batiendo palmas.

Y su abuelo la llevó a babuchas, comenzando a caer el agua a cántaros sobre la Tierra seca. Los campos la absorbían; los labradores parecían saludarla y bendecirla; los niños alargaban sus manos para recoger algunas gotas. Todos los seres: hombres, animales y plantas, se mostraban alegres.

—Por ahora basta; me voy — dijo el abuelo Aguacero.

—Pero como yo me divierto, me quedo un ratito más, — exclamó Lluvia.

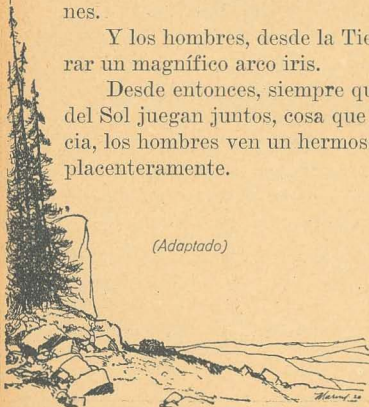
Y a la tardecita, cuando Lluvia derramaba sus últimas gotas, todos los hijitos del Sol salieron de su casa, como perritos que están impacientes por romper la cadena que los tiene atados, y fueron en busca de Lluvia, invitándola a jugar a la ronda. Todos ellos se tomaron de la mano y Lluvia quedó en el centro. Juntos, entonaron entonces sus canciones.

Y los hombres, desde la Tierra, pudieron admirar un magnífico arco iris.

Desde entonces, siempre que Lluvia y los hijos del Sol juegan juntos, cosa que sucede con frecuencia, los hombres ven un hermoso arco iris y sonríen placenteramente.

Paula Lombroso

(Adaptado)



EL MOLINERO, SU HIJO Y EL BORRICO

Un molinero y su hijo llevaban un asno al mercado, con el propósito de venderlo.

Al poco rato de estar en camino, encontraron a unas muchachas que volvían de la ciudad. Una de ellas dijo:



—¡Miren qué hombres más tontos! Andan a pie, pudiendo ir montados en el burro.

El padre, al oír estas palabras, mandó al hijo que montase en el animal.

Poco después pasaron cerca de un grupo de ancianos, que estaban empeñados en una discusión. Uno de ellos, señalando al molinero y a su hijo, exclamó:

—¡Ahí tenéis la prueba de lo que os decía: del poco respeto que hoy se tiene a los ancianos! ¿No veis a aquel muchacho haragán que va montado y deja andar a pie a su padre que es viejo?

Y encarándose con el muchacho, agregó:

—¡Bájate, perverso! Deja que suba ese anciano en el borrico y descansen sus fatigados miembros.

Al punto se apeó el hijo para que su padre montara en el animal, y siguieron andando.

Más adelante hallaron un grupo de mujeres y niños, que al verlos pasar le dijeron al molinero:

—¡Holgazán! ¿Cómo tienes entrañas para ir cómodamente montado en tu pollino, mientras tu pobrecito hijo se fatiga por seguirte a pie?



El padre, al oír esto, hizo que el muchacho montase a las ancas.

Al buen viejo le parecía que había encontrado la manera de ir a gusto de todo el mundo, cuando al llegar a la ciudad, un caballero lo detuvo, diciéndole:

—Perdone usted, buen hombre: ¿es suyo ese borrico?

—Sí, señor, mío, — le contestó el anciano.



—Pues no lo parece, a juzgar por la manera como cargáis al pobre animal. Sería mejor, seguramente, que lo lleváseis vosotros a él, para evitar

que se muera de debilidad en el camino.

El molinero encontró razonable la observación. Buscó una fuerte vara, ató el animal a ella, y tomando en hombros una extremidad él y la otra su hijo, continuaron el camino con la pesada carga.

Era tan ridículo el cuadro que ofrecían llevando a cuestras el burro, que la gente del pueblo fué reuniéndose detrás de ellos y haciendo burlas de su simpleza.

—¡El mundo al revés! — gritaban en tono de mofa.

El animal, asustado por tanto alboroto, al pasar por un puente hizo un gran esfuerzo, rompió las ligaduras que lo sujetaban y dió un brinco, cayendo al río, donde se ahogó.

El pobre molinero regresó a su casa triste y avergonzado, pensando que por querer complacer a todo el mundo, había perdido la paciencia y el borrico.

Esopo



EL CUCHILLO, LA AGUJA Y LA ESCOBA

Había una vez una niña muy perezosa. Vagaba un día por el bosque y pensaba: “¡Qué feliz sería si no tuviera nunca nada que hacer! Me levantaría tarde, pasaría luego las horas aquí, echada sobre el pasto, y a la tarde me compondría para pasear por el pueblo”.

Salió en esto a su encuentro un Hada.

—Marcelina, — le dijo: — tus deseos quedarán cumplidos; y luego me dirás si eres feliz. Toma esta aguja. No tendrás más que decirle: “¡Agujita, cose!”, y ella coserá por ti. A esta escoba que también te doy, le dirás: “¡Barre!”, y tu



cuarto quedará aseado. Y, por fin, este cuchillo preparará tu comida, con que sólo le digas: “¡Cuchillo, trabaja!”

Y diciendo esto, el Hada desapareció.

Loca de contento, volvió la niña a su casa, llevando los tres preciosos objetos. Justamente, tenía una bonita tela guardada hacía dos meses. Su pereza había podido más que su vanidad, y aun andaba con su vestido viejo y estropeado. Así, ¡cuánta prisa se dió Marcelina en cerrar las puertas de su cuarto, en poner en relación a la tela con la aguja, y en decir a ésta: “Agujita, cose!”

Con destreza sin igual cosió la aguja, y en pocas horas quedó el vestido terminado. Luego, poniendo la escoba en medio del cuarto, dijo la niña: “¡Escoba, barre!” y el cuarto quedó perfectamente barrido, quizá por la vez primera desde que la perezosa lo tuviera a su cargo. Y como los que nada hacen no se excusan de comer lo mismo que los que trabajan, llegó el momento en que usando el tercer don del Hada, dijo Marcelina con fruición: “¡Trabaja, cuchillito!”. Y no le quedó a ella otra tarea que la de retirar del fuego la comida cuando estuvo a punto, y comerla luego con gran apetito.

Así pasaron para Marcelina los días, las semanas y los años. Mientras la aguja cosía, y barría la escoba, y el cuchillo mondaba las legumbres, ella dividía su tiempo entre recostarse en su cama, componerse delante del espejo, asomarse a la ventana, y pavonearse luego por las calles con sus vestidos nuevos. (Gracias a la agujita incansable, Marcelina ganaba también su jornal de costurera). Pero, a pesar de esta cómoda vida, la niña no era feliz. Pasaba largas horas de aburrimiento, en que no hacía sino bostezar. Y por la noche, llena la cabeza

de pensamientos vanos, sugeridos en la desocupación, no lograba dormirse. Como tampoco había querido estudiar, desconocía los trabajos y los placeres de la inteligencia.

Cuando sus amigas le decían: “¡Qué hábil eres! ¡Qué bien y qué pronto coses tus vestidos!”, ella sentía remordimientos y no sabía qué responder. Al pasar delante de algún taller, solía detenerse como ante un espectáculo bello e inusitado, frente al cuadro que formaban las muchachas. Escuchaba las risas o cantos que se mezclaban a la música de las tijeras, agujas y dedales, y sentía envidia ante esa alegría del trabajo que le era totalmente desconocida. Volvía a su casa resuelta a arrojar al río la aguja y la escoba y el cuchillo, y a emplearse como aquellas muchachas. . . Pero la pereza, arraigada ya en ella, vencía, y Marcelina concluía, como de costumbre, acodándose en la ventana y bostezando de aburrimiento, mientras trabajaban para ella los objetos consabidos. ¡Hacía ya muchos años que llevaba esa vida y era muy difícil cambiar!

Una vecina que la observaba, sintió curiosidad de saber cómo Marcelina, paseando tanto, tenía siempre vestidos nuevos, la comida lista, aseado el dormitorio. Y se puso en la fea tarea de espiarla. Muy pronto lo descubrió todo. El secreto se divulgó, y los tres objetos maravillosos hicieron la envidia de los holgazanes del pueblo.

El caso es que una tarde, al volver de sus paseos, Marcelina buscó en vano por los rincones, indagó, lloró: la aguja, la escoba y el cuchillo habían

desaparecido. ¡Qué desgraciada fué entonces! Se había habituado de tal modo a no hacer nada, que no pudo decidirse a tomar una aguja común, ni a empuñar un plumero... Y acabó muriendo en la miseria y en la tristeza.

Poco antes de morir, una tarde en que pedía limosna, llegó al mismo bosque donde encontrara al Hada. “Y bien, ¿no te he hecho feliz?”, le preguntó el Hada, apareciéndosele de nuevo. “Has hecho de mí la mujer más desgraciada del mundo”, contestó la infeliz. “¡Pobre Marcelina!”, dijo entonces el Hada: “ahora no me es posible hacer ya nada por ti, pues no puedo ofrecer a nadie mis dones sino una vez. Que tu historia sea por lo menos provechosa a quienes la conocieren...”

Esto no es en realidad un cuento de hadas. La historia de Marcelina se repite todos los días. ¡Hay niñas tan holgazanas e inconscientes! ¡Y hay madres tan desgraciadamente complacientes, que se encantan en ver a sus hijas desocupadas! La madre es para esas niñas la aguja que cose, la escoba que barre, el cuchillito que cocina... La niña encuentra todo hecho, sin haber ella trabajado, y sin darse siquiera cuenta de las fatigas de su madre ni de su propia holgazanería. ¡Como siempre ha sido así! Mientras la madre, en medio de preocupaciones que ella no sospecha y con una salud quizá quebrantada, se multiplica y se desvive, la niña, al volver de su paseo, se compone delante del espejo,

juega con el gato, sale a la ventana u hojea una revista callejera... su comida está lista, sus vestidos concluidos y su cuarto en orden...

Pero suele también llegar para esa niña un día nefasto. Un día en que la muerte, sin pedir permiso a nadie ni esperar a que le abran la puerta, entra como un ladrón, exactamente como el que robó a Marcelina su aguja, su escoba y su cuchillo.

La madre desaparece, la niña se desespera; no encuentra amparo en ninguna parte, ni está preparada para la vida. Pasado el primer tiempo de estupor y de pena, la niña advierte que el polvo y el moho han cubierto sus muebles y amenazan destruirlos; que incómodos insectos han invadido su habitación; que sus ropas están rotas; que sus vecinas ya no la acompañan ni la ayudan. ¿Qué hará? ¿A quién recurrirá? Es necesario que se entienda sola. Recurrirá a sus manos, a sus pobres manos que no han trabajado nunca. ¿Cómo le pesa la escoba! ¿Cómo le cansa fregar el piso! Es inhábil, se lastima los dedos. Sus vecinos se burlan de la hechura de sus vestidos. En fin: el trabajo que para tantos otros es una alegría y una fuerza, para ella es una carga pesadísima, intolerable casi...

¡Pobre madre, demasiado complaciente e imprevisionista! ¡Creías, en tu ciega abnegación, que vivirías siempre para tu hija! ¡Mírala ahora! ¡Cuán dura carga le has dejado! ¿Se habituará alguna vez a trabajar? ¿O caerá de miseria en miseria? No podemos saberlo. ¡Pobre madre; pero principalmente, pobre hija!

Delfina Bunge de Gálvez

LA ESCUELA DE NERÓN

I



Una vez había un perro grandote llamado Nerón. Como era muy sabio y andaba sin trabajo, resolvió abrir una escuela para enseñar a los demás animales.

El primero en anotarse como alumno, fué un gatito.

—¿Cómo se llama usted? — le preguntó el maestro.

—Micifuz.

—¿Y su papá?

—Zapirón.

—¿Y su mamá?

—Mirringa.

—¿En qué se ocupa su papá?

—Es cazador de ratones, señor, — le contestó Micifuz.

—Bien, — le dijo el maestro: — como está muy atrasado, usted irá con los borriquitos.

A Micifuz no le pareció bien que a un gato lo pusieran con los borriquitos; pero como era obediente, se quedó.

II

El segundo alumno que se anotó, fué un perrito lanudo. Cuando el maestro le preguntó su nombre, le contestó muy orondo:

—Me llaman Pulguita, señor.

—¿Y su papá?

—Mi papá se llama Guaguau. Trabaja de sereno en una fábrica. De noche, cuando entran ladrones, si no le llevan qué comer, ladra. Mi papá es muy malo y muy comilón.

III

Se anotaron también dos gatos más, otros cuatro perros, un conejo, un chivito, un lechón y tres borricos.

El señor Nerón estaba muy contento. Los alumnos eran muchos y todos parecían inteligentes.

—Mi escuela va a ser muy importante, pensó.

Y se compró una levita colorada, una galera negra y un gran bastón con puño de oro.

IV

Cuando iban a comenzar las clases, se presentó un ratón. Le dijo al señor Nerón que deseaba concurrir a la escuela.

—Muy bien pensado, amigo, — le contestó el maestro: — la instrucción es una gran cosa. El que sabe, sabe.

Y tomó el registro para anotarlo, pero en ese momento se asomó Micifuz. En cuanto el ratón lo vió, sin decir una palabra salió corriendo y se fué derecho a su cueva.

Una vez allí, furioso contra el maestro, se dijo: —¡No voy, no voy más! Yo creí que se trataba de una escuela de chicos decentes. . . ¡Habrás visto que sean alumnos los gatos!

V

Un día lunes comenzaron las clases. El maestro reunió a los alumnos en el salón de canto, y les habló así:

—Yo quiero que todos sean estudiosos y observen buena conducta. Los haraganes y los conversadores están demás aquí. Además, deben tratarse como si todos fueran hermanos.

—Eso no, — dijo uno de los gatos; — ése de las orejas largas no puede ser mi hermano.

—Tiene razón, — exclamó Pulguita: — ¿cómo van a ser mis hermanos los conejos, los gatos y los chivos?

El lechón lanzó entonces un tremendo gruñido de protesta. Y ese gruñido fué como la señal para el comienzo de una gran batalla.

—¡Silencio, silencio! — gritaba el maestro; pero nadie le hizo caso.

Volaron libros, lápices, tinteros, todo. Los alumnos salieron peleando al patio y luego a la calle.

El maestro se quedó solo.

—Es inútil, — pensó; — estos alumnos no van a aprender nada. Son muy animales.

Y cerró para siempre la escuela.

Florián Oliver



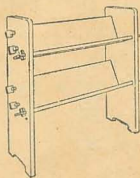


· ÚTILES DE LABRANZA ·

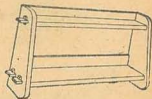
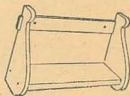
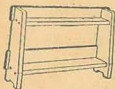
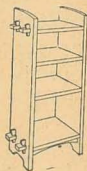
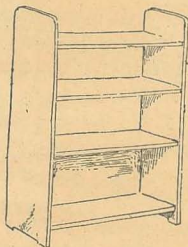
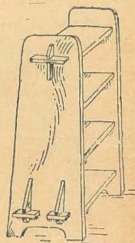
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



« INSTRUMENTOS DE MÚSICA »



CARPINTERIA



MICIFUZ EL DE LAS BOTAS

Un molinero, al morir, dejó a sus tres hijos, por toda herencia, un molino, un asno y un gato. El mayor se quedó con el molino, el otro con el burro, y el más chico recibió el gato.

Al verse poseedor de tan pobrísima herencia, el infeliz no pudo menos que exclamar:

—Mis hermanos se podrán ganar la vida con el burro y el molino; pero yo, ¿qué haré así que me coma el gato y haga de la piel una gorra?

Micifuz (que así llamaban al animalito) oyó este discurso y respondió:

—No se apure por tan poco, mi amo, que ha de quedar satisfecho de su herencia, con tal que me proporcione un talego y un par de botas para ir de caza por esos andurriales.



Aunque al hijo del molinero no le inspiraban gran confianza las palabras del gato, hábale visto hacer tantas diabluras para atrapar los ratones, como colgarse de las patas o fingirse el muerto entre la harina, que no desesperó de que hallaría el medio de socorrerlo en su miseria.

Tan pronto como le dieron lo que había pedido, el gato se

calzó las botas, se echó el talego al hombro y salió al campo. Llegado a cierto paraje, puso afrecho en el saco, lo dejó abierto con un lazo corredizo en la boca, y se tendió cuan largo era, haciéndose el muerto.

No habían pasado cinco minutos cuando un conejo goloso se coló de rondón en el talego. Micifuz tiró de la cuerda, le encerró dentro y lo mató.

Contento con su presa, encaminóse al palacio del rey y solicitó hablarle. Cuando estuvo en su presencia, le dijo:

—Aquí tiene Vuestra Majestad este conejo que el marqués de Carabás (éste era el título que daba a su amo) me ordena entregarle de su parte.

—Di al marqués — respondió el rey — que le doy infinitas gracias.

Otra vez se puso Micifuz en acecho en un trigal, y así que entraron dos perdices, tiró de la cuerda y las pilló a entrambas. Inmediatamente fué a llevárselas al rey. Su Majestad ordenó que diesen al mensajero un vaso de vino del más exquisito.

Micifuz continuó de este modo por espacio de dos o tres meses, llevando al rey conejos y perdices en nombre de su amo.

Un día supo el gato que el soberano salía de paseo con su hija hacia las márgenes del río.

—Si quiere seguir mi consejo — dijo a su amo, — tenga por hecha su fortuna: vaya a bañarse al río, y lo demás corre de mi cuenta.

El marqués de Carabás siguió el consejo de Micifuz.

Mientras se bañaba, el rey pasó por allí y Micifuz se puso a gritar:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡el señor marqués de Carabás se ahoga!

Al oír el rey esas voces asomó la cabeza por la portezuela del coche, y viendo al gato, mandó a sus guardias que prestaran socorro al señor marqués. En tanto que sacaban a éste del río, Micifuz le dijo al rey que, mientras su amo se bañaba, unos ladrones le habían robado los vestidos.



¡El muy tuno los había escondido! El rey ordenó que fuesen a buscar un rico vestido para el marqués.

El molinero era un mozo arrogante y, como el vestido con que acababan de ataviarlo daba realce a su figura, parecióle a la princesa muy simpático, y bastó que el joven la mirase tres o cuatro veces, para quedar enamorada de él. Su Majestad lo hizo subir al coche, rogándole que lo acompañase en su paseo. Micifuz, frotándose las uñas de placer, se adelantó a la comitiva.

Habiendo encontrado a unos campesinos que segaban un prado, les dijo:

—¡Eh, amigos! ¡Si no decís al rey que este prado pertenece al marqués de Carabás, daos por muertos antes de una hora!

El rey, que era muy curioso, preguntó en efecto a los segadores de quién era aquel prado.

—Es del señor marqués de Carabás — respondieron todos a una.

—Tienes una hermosa propiedad, marqués — le dijo el rey.

Micifuz, que iba siempre delante de la comitiva, encontró unas espigadoras cosechando trigo, y les dijo:

—¡Eh, amiguitas! ¡Si no decís al rey que estos trigales pertenecen al señor marqués de Carabás, daos por muertas antes de una hora!

Un instante después llegó el rey. Cuando preguntó a quién pertenecían aquellos trigales, las espigadoras le respondieron:

—Son del marqués de Carabás.

El rey volvió a felicitar al marqués.

El gato, adelantándose siempre al coche real, repetía la misma canción a cuantos labradores hallaba en el camino, y el monarca estaba admirado cada vez más de las grandes riquezas del marqués.

Micifuz llegó a un soberbio castillo, propiedad de un ogro opulento, al cual pertenecían todas las tierras por donde acababa de pasar el rey. Solicitó hablarle, y le dijo que no había querido pasar cerca del castillo de tan poderoso personaje sin ofrecerle sus respetos. El dueño lo recibió con toda la amabilidad de que es capaz un ogro.

—Me han asegurado — añadió Micifuz — que posee el don de transformarse en el animal que

más le acomode, en un león o un elefante, por ejemplo.

—Tan cierto es — respondió el ogro, — que para demostrártelo voy a convertirme en león ahora mismo.

Asustado el gato de ver delante de sí un leonazo con tan soberbia melena, trepó hasta el tejado.

Vuelto el ogro a su natural figura, bajó Micifuz de las alturas, confesando que había pasado un susto tremendo.

—También me han dicho — continuó, — que se transforma en el más pequeño animalillo, como, por ejemplo, en un ratón. ¡Me parece que eso es imposible!

—¿Imposible? — repuso el ogro. — Ahora mismo lo va a ver.

Y dicho y hecho: se convirtió en un ratoncillo. En cuanto así lo vió el gato, se arrojó sobre él y se lo zampó en dos bocados.

Pocos instantes después llegó el rey. Micifuz salió a recibir al soberano.

—¡Bienvenido sea Vuestra Majestad al castillo de mi amo el señor marqués! — exclamó.

—¡Cómo! — preguntó el rey: — ¿este castillo también es tuyo, marqués? En mi vida he visto nada más hermoso.

El marqués dió la mano a la princesa, y ambos entraron precedidos del monarca en un magnífico comedor donde había preparada una opípara comida que el ogro tenía dispuesta para sí.



Encantado el rey de las riquezas del señor marqués de Carabás, le dijo:

—¿Sabes, marqués, que no me disgustaría que fueras yerno mío?

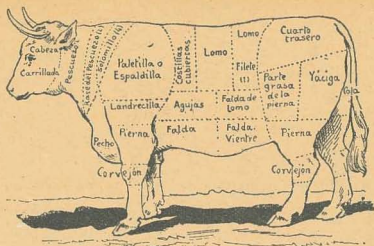
El marqués hizo una profunda reverencia, aceptó el honor que el rey le dispensaba y ese mismo día se casó con la princesa.

Ocioso es decir que el gato se convirtió en un gran personaje y que no volvió a cazar ratones sino por afición, para distraer sus ratos de ocio.

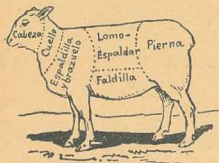
(Adaptado)



LA CARNE



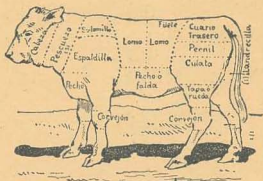
El buey proporciona carne roja, muy nutritiva.



El carnero proporciona carne muy sabrosa y nutritiva. De la grasa del carnero se obtiene el "sebo", con el que se fabrica la estearina.

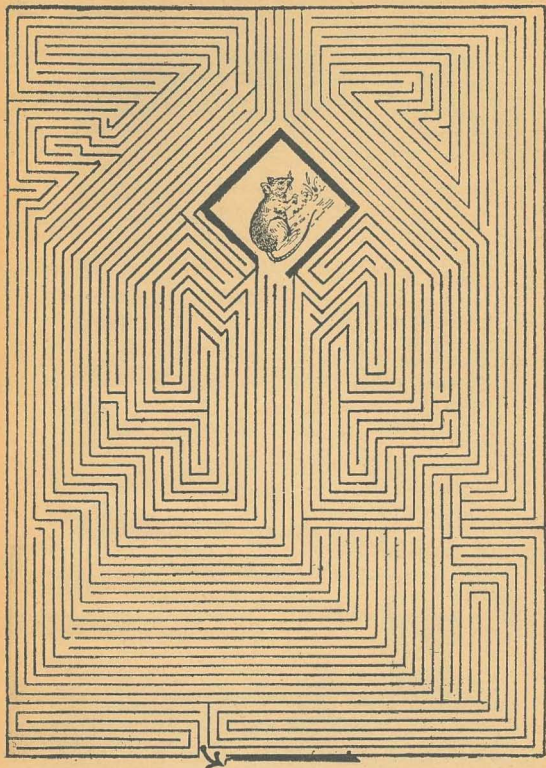


El cerdo proporciona carne muy nutritiva, la que se emplea especialmente en la fabricación de "embutidos". La carne gorda del cerdo se llama "tocino".



La carne de ternera es más digerible, pero menos nutritiva que la de buey.

EL PRISIONERO



Ratoncito Pérez ha quedado encerrado. ¿Cómo hará para escapar de la trampa antes que llegue Micifuz?

- INDICE -

	Pág.
Nuestra patria	27
La costurera	28
Premio al trabajo	30
La hora feliz	31
Un mal compañero	32
El placer del mal	33
El pájaro herido	34
El día de la patria	35
Caperucita	36
Un fabricante de juguetes	38
El parque	39
La mimbrera	40
En el arca de Noé	42
El tartamudo	43
Un buen regalo	45
El metro	46
Una visita	47
La granjerita	48
Nuestra bandera	49
El regalo	50
Manos a la obra	53
Buen comienzo	54
Tres buenos obreros	55
Satisfacción	56
A la mancha	57
Manos hábiles	58
El enfermo	60
El general San Martín	61
El instinto del amor	62
Amor de madre	63
Los cuentos de la señorita	64

1000

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

DIVISIÓN SUMINISTROS